

## El ganso de oro

Había una vez un hombre que tenía tres hijos. El más joven se llamaba Bobalicón, y lo despreciaban y se burlaban de él, postergándolo en toda ocasión.

Sucedió que el mayor tuvo que ir al bosque a cortar leña y antes de que partiera le dio su madre un rico pastel de huevo y una botella de vino para que no pasara hambre ni sed. Cuando llegó al bosque, se tropezó con un viejo hombrecillo gris, que le deseó buenos días y dijo:

—Dame un trozo de ese pastel que llevas en el bolsillo y déjame beber un trago de vino, pues estoy hambriento y sediento.

Sin embargo, el hijo sensato dijo:

—Si te doy pastel y vino, me quedaré yo sin ello. ¡Sigue tu camino!

Dejó plantado al hombrecillo y prosiguió andando. Empezó a cortar el árbol, pero pronto dio un golpe mal dado, y la rama le dio en el brazo, de modo que tuvo que regresar a casa y dejarse curar. La culpa la tenía el hombrecillo gris.

A continuación fue el hijo segundo al bosque y la madre le dio, como al mayor, un pastel de huevo y una botella de vino. También éste se encontró con el viejo hombrecillo gris, que le pidió un trocito de pastel y un trago de vino. Pero el segundo contestó también muy razonablemente:

—Si te lo doy, me quedo yo sin ello. ¡Sigue tu camino!

Dejó al hombrecillo y siguió su camino. El castigo no se hizo esperar; no había dado más que unos pocos hachazos, cuando se golpeó la pierna y tuvo que ser llevado a casa.

Entonces dijo Bobalicón:

—Padre, déjame ir a cortar leña.

El padre contestó:

—Tus hermanos se han hecho daño, así que déjalo ya. Tú no entiendes nada de esto.

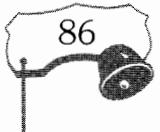
Pero Bobalicón insistió tanto, que finalmente el padre dijo:

—Anda, ve; ya aprenderás a fuerza de golpes.

La madre le dio un pastel que había hecho con agua en la ceniza, y además cerveza agria. Cuando llegó al bosque, se tropezó de nuevo con el viejo hombrecillo gris, que le saludó y dijo:

—Dame un trozo de pastel y un trago de vino de tu botella, pues tengo mucha hambre y sed.

Bobalicón respondió:



—Sólo tengo un pastel de ceniza y cerveza agria, pero si te apetece, sentémonos y comamos.

Cuando se sentaron y Bobalicón sacó su pastel de ceniza y su cerveza agria, éste era un exquisito pastel de huevo, y la cerveza ácida un buen vino. Comieron y bebieron y luego dijo el hombrecillo:

—Como tienes buen corazón y te gusta dar de lo tuyo, te voy a conceder una gracia. Allí hay un árbol viejo, tálalo y encontrarás algo en sus raíces.

Dicho esto, el hombrecillo se despidió.

Bobalicón se dirigió hacia el árbol, lo taló y, cuando éste cayó, había en la raíz un gran ganso que tenía las plumas de oro puro. Lo sacó de allí, llevándoselo consigo y se dirigió a una posada para pasar la noche.

El posadero tenía tres hijas, que, al ver el ganso, sintieron curiosidad por saber qué clase de pájaro maravilloso era aquél, y les hubiera gustado tener una de sus plumas de oro. La mayor pensó: «Ya tendré ocasión de arrancarle una pluma.»

Y en un momento en que Bobalicón salió al exterior, cogió al ganso por un ala, pero el dedo y la mano se le quedaron allí pegados. Poco después llegó la segunda, que no tenía otro pensamiento que coger una pluma de oro; pero apenas tocó a su hermana, se quedó pegada a ella. Finalmente llegó la tercera con las mismas intenciones. Entonces gritaron las otras:

—¡No te acerques, por Dios, no te acerques!

Pero ella no entendió por qué no tenía que acercarse y pensó: «Si ellas están ahí, también puedo estarlo yo», y se acercó dando saltos; pero apenas había tocado a su hermana se quedó pegada a ella. Así que tuvieron que pasar la noche con el ganso.

A la mañana siguiente cogió Bobalicón el ganso en brazos sin preocuparse de las tres jóvenes que estaban allí pegadas. Tenían que correr detrás de él, a la derecha o a la izquierda, según se le ocurriera a él. En medio del campo se encontraron con el párroco y, cuando éste vio el cortejo, dijo:

—¿Pero no os da vergüenza, muchachas indecentes, seguir así a un joven por el campo? ¿Creéis que eso está bien?

Al decir esto cogió a la más joven de la mano y quiso retenerla, pero se quedó igualmente pegado y tuvo que correr también detrás. Poco después llegó el sacristán y vio al señor párroco seguir a las jóvenes. Se asombró y gritó:

—¡Ay, señor párroco! ¿Adónde va con tanta prisa? No olvide que hoy todavía tenemos un bautizo.



Se dirigió hacia él y le cogió por la manga, quedando también allí pegado. Iban los cinco corriendo uno tras otro, cuando se aproximaron dos campesinos con sus azadones. El párroco les gritó y pidió que por favor lo liberaran a él y al sacristán. Pero apenas habían tocado al sacristán, se quedaron allí pegados y de ese modo ya eran siete los que corrían tras Bobalicón y el ganso.

En esto llegó a una ciudad en la que gobernaba un rey que tenía una hija tan seria, que nadie era capaz de hacerla reír. Por esta razón había promulgado una ley en la que se decía que el que lograra hacerla reír se casaría con ella. Cuando Bobalicón lo supo, fue con su ganso y su séquito a presentarse ante la hija del rey y, al ver ella a los siete correr sin parar uno tras otro, comenzó a reír a carcajadas sin cesar. Entonces Bobalicón la pidió por novia, pero al rey no le gustó el yerno, puso toda clase de trabas y dijo que primero tendría que traer un hombre que pudiera beberse una bodega llena de vino. Bobalicón pensó que seguramente el hombrecillo gris le podría ayudar; salió al bosque y en el lugar en el que había talado el árbol se encontró sentado a un hombre cariacontecido. Bobalicón le preguntó qué le pasaba y él contestó:

—Tengo una sed enorme y no puedo apagarla; el agua fría no puedo soportarla y ya he vaciado un tonel de vino, ¿pero qué es una gota en una piedra ardiente?

—Yo puedo ayudarte —dijo Bobalicón—. Ven conmigo y podrás saciarte.

Luego lo condujo a la bodega del rey y el hombre se inclinó sobre los grandes toneles y bebió y bebió, de tal manera que parecía que iba a reventar, pero no había pasado un día cuando se había bebido toda la bodega.

Bobalicón exigió de nuevo a su novia, pero al rey le molestaba que un mozo tan zafio, al que todo el mundo llamaba Bobalicón, tuviera que llevarse a su hija, y puso nuevas condiciones; en primer lugar tendría que buscar un hombre que pudiera comerse una montaña de pan.

Bobalicón no se lo pensó dos veces; se dirigió directamente al bosque y allí, en el mismo sitio, estaba sentado un hombre que se ataba fuertemente el cuerpo con una correa, y con cara de mal humor decía:

—Me he comido ya un horno lleno de pan rallado, ¿pero qué es eso cuando tienes un hambre tan grande como tengo yo? Mi estómago está vacío y me tengo que atar si no quiero morirme de hambre.



## El ganso de oro

Bobalicón se alegró y dijo:

—Desátate y vente conmigo, que te hartarás de comer.

Lo llevó a la corte del rey, que había acumulado toda la harina del reino y hecho cocer con ella un enorme monte. El hombre del bosque se colocó ante él, empezó a comer, y en un día había desaparecido el monte. Bobalicón exigió por tercera vez a su novia; el rey buscó aún otro pretexto y exigió un barco que pudiera viajar por tierra y por mar:

—En el momento en que llegues con las velas desplegadas —dijo—, tendrás a mi hija por esposa.

Bobalicón se fue derecho al bosque y allí estaba sentado el viejo hombrecillo gris, al que él le había dado su pastel, y dijo:

—He comido y bebido por ti y también te daré el barco. Todo esto lo hago porque fuiste compasivo conmigo.

Entonces le dio el barco que iba por tierra y por mar y cuando el rey lo vio ya no pudo seguir negándole a su hija. Se celebró la boda, y a la muerte del rey heredó Bobalicón el reino y vivió durante largo tiempo dichoso con su esposa.

